

LA MADRE DE GOETHE Y LA DE SCHILLER

IV

CLASICISMO Y ROMANTICISMO

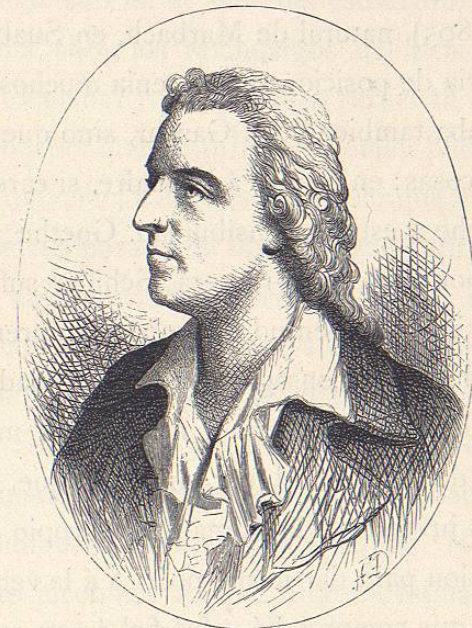
**L**NCURRIRIA en error quien creyera que el incesante trabajo de los despreocupados ó los violentos ataques de los agitadores pudieran derribar en breve las barreras de la ignorancia. Sobre la atrasada masa popular pasaba el movimiento científico y literario nacional sin producir ningun efecto. ¿Qué sabia ó queria saber el campesino ó el ciudadano aleman del clasicismo y del romanticismo? Nada. Tambien aquí era una verdad de la historia de la civilizacion aquella comparacion de las cimas de las montañas que se iluminan al salir el sol, miéntras que los valles continúan aún sepultados en la oscuridad. Lenta y gradualmente descendía la luz desde las cumbres á las llanuras, pero el arado de la guerra napoleónica debía penetrar profundamente en el suelo aleman ántes que las simientes diseminadas por sus pensadores pudiesen germinar y crecer. ¡Y con qué dificultad se efectuó y se efectúa aún la germinacion! ¡con cuántos obstáculos ha de luchar aquella simiente! Hasta mediados del presente siglo no fué posible convertir en bien comun aquel tesoro de verdad y de belleza acumulado por los pensadores y los artistas, y esto se debió á la institucion de escuelas más numerosas y perfeccionadas, á la inmensa actividad del periodismo y al espíritu de asociacion centuplicado. Y aún

admitiendo que el progreso de la cultura continúe siempre sin sufrir ninguna interrupcion violenta, el hombre desapasionado debe deducir en conclusion que todavía han de pasar siglos y siglos ántes que el pueblo, el verdadero pueblo, no el descrito ó pintado, se halle en estado de sentir, no de comprender, la fuerza de una demostracion de Kant, la belleza de una elegía de Goethe, la profundidad filosófica de un canto de Schiller ó la majestad de una sinfonía de Beethoven.

A decir verdad, los héroes civilizadores se adelantaron tanto á la masa del pueblo, que hasta llegaron á perderla de vista; pero si hubiesen medido su paso con el de sus contemporáneos,



GOETHE



SCHILLER

estos se hallarian aún hoy científicamente á la altura del pastor Goethe, y literariamente á la del pastor Gottsched. ¿Qué seria del genio divino si se le exigiera tener en cuenta la capacidad intelectual de la gran masa del pueblo? Agradézcase, pues, á esos vates y profetas el que caminaron y avanzaron con paso firme y deliberado, sin cuidarse de los que abajo quedaban; y rechacemos la opinion, descaradamente sostenida por el espíritu de partido, de que los que más enaltecieron el nombre aleman pensaron y obraron como extranjeros, como si no fueran alemanes, porque con Schiller y Goethe al frente pagaron su tributo á las ideas cosmopolitas, como todos los grandes hombres del siglo XVIII. Sí, Goethe y Schiller eran ciudadanos del universo en el sentido más noble de la palabra; mas éranlo precisamente como verdaderos y genuinos alemanes, y si huyeron de la mísera realidad que los rodeaba, que los estrechaba y oprimía, para refugiarse, como puerto de salvacion de su genio, en la nebulosa fortaleza del cosmopolitismo, no por eso dejaron de crear lo más exquisitamente aleman que posee la literatura de su país: Goethe sus «Canciones,» su «Fausto» y su «Herman;» Schiller su «Don Cárlos,» su «Canto de la Campana» y su «Guillermo Tell.»

El valor intrínseco y la belleza exterior de formas de las creaciones del arte y de la poesía clásica antiguos impresionan tan poderosamente á los modernos, que han dado en llamar «clásico» á todo cuanto es perfecto y acabado en su género. Hé aquí por qué se llama período del clasicismo aleman el que comenzó con Klopstock, alcanzando con Schiller y Goethe el más

alto grado de esplendor; mas respecto á estos dos grandes amigos, la palabra conserva todavía el significado particular que sirve para caracterizar el ideal artístico de ambos, el moderno aticismo, ó más exactamente, el helenismo alemán. Este es sin duda el supremo grado de libertad y belleza que el espíritu del pueblo alemán, ó sea el germanismo, había podido alcanzar hasta entonces. Veamos cómo llegaron á tanta altura aquellos dos hombres eminentes, cuya amistad es en alto grado honrosa para Alemania.

Juan Wolfgang Goethe (1749-1832), nacido en Francfort del Mein, era hijo de un hombre previsor y enérgico y de una madre inteligente, cuyo carácter jovial había heredado el joven, según confesaba él mismo con agradecimiento. Juan Cristóbal Federico Schiller (1759-1805), natural de Marbach, en Suabia, era hijo de un hombre que á pesar de la gran diferencia de posición social, tenía muchos puntos de contacto con el padre de Goethe; no solo se llamaba también Juan Gaspar, sino que se le asemejaba por sus opiniones y su manera de ver las cosas; en cuanto á la madre, si carecía del carácter jovial de la señora Ajas, aventajaba por mucho á esta en sensibilidad. Goethe creció alegremente en medio de todas las comodidades, por no decir la riqueza; Schiller sufriendo todas las privaciones. Quien compare, pues, la infancia y la juventud de ambos comprenderá fácilmente que el florido realismo de la poesía de Goethe debía consagrarse por necesidad al culto de la belleza, así como el belicoso idealismo de Schiller al de la libertad. En la edad más impresionable, la suerte deparó á Goethe en la persona de Enrique Merck un amigo que siempre supo trasportarle desde el tumulto de las pasiones juveniles á la calma de su propio corazón, haciéndole comprender su misión de poeta, su vocación para dar forma poética á la verdad é imprimir un sello ideal en la materia positiva. Goethe, que comprendió y fué fiel á esta vocación, tuvo razón más tarde al decir que todas sus obras eran confesiones, porque sólo había escrito lo que le había pasado. Para comprender esto basta estudiar sus tipos de mujeres, cuya hermosa naturalidad es uno de los más ricos privilegios de la imaginación poética de Goethe. «Sé que son eternas, porque son.» Para Schiller variaban las circunstancias; lo que le había sucedido inducía, no á embellecer la realidad, sino á combatirla; lo eternamente varonil, y no lo eternamente femenino, fué el alma de su poesía, y por eso sus tipos de hombre están mucho mejor presentados que los de mujer. También es característica la diferencia de los medios de instrucción por los cuales uno y otro se elevaron al helenismo alemán librándose de la efervescencia que reinaba. Goethe se consagró al estudio de las artes plásticas y de la ciencia natural, en la cual ocupó un lugar honorífico como investigador y descubridor; mientras que para Schiller el estudio de la historia y de la filosofía de Kant se unió en un sistema de purificación cuya fuerza y fecundidad manifestáronse en los trabajos históricos del poeta, y más claramente en los artístico-filosóficos. Con este método creó para los alemanes un estilo artístico-político-histórico en el mejor sentido de la palabra, «ateniéndose á las leyes de la belleza cuando le ponía en práctica.»

Las obras literarias nacionales de la juventud de Goethe y de Schiller, el *Goetze* de Berlichingen (1773), *Werther* (1774), y los *Bandidos* (1781), fueron sacudidas electro-simpáticas para los corazones sensibles de la nación, porque en ellas se exponía bajo la forma poética y con irresistible elocuencia todo cuanto en aquel momento conmovía y agitaba. En el desencadenado huracán del siglo xvi, el *Goetze* presentaba con inusitado vigor la agitación y eferves-

cencia del siglo xviii, y por su forma era un verdadero drama popular nacional que tenía por motor el sentimiento patriótico de libertad, tal como lo había sabido infundir primeramente Klopstock á la juventud alemana. *Werther*, primera novela original de la literatura alemana, y obra maestra de primer orden, fué un «acontecimiento» literario como no se ha visto otro. Aquel grito de dolor é indignación exhalado de lo más profundo del pecho contra el embrutecimiento social y la rutina habilidosa, produjo tan inmenso efecto en los ánimos, que el juicioso Lessing quiso que se añadiera al librito un capítulo final enérgico para que el triunfo de las fuerzas del espíritu no degenerase en sentimentales extravagancias. Los *Bandidos* fueron la descarga más violenta de la tempestad del genio acumulado en el alma del estudiante Schiller bajo la presión de circunstancias externas. En aquella obra, los relámpagos del pensamiento iluminan con espantosa claridad el cieno de la vida alemana, y las palabras resuenan con tan enérgico acento de rebeldía, que se comprende cómo y por qué un príncipe alemán pudo decir: «Si siendo Dios hubiera estado á punto de crear el universo, y hubiese previsto que algún día se escribiera una pieza como los *Bandidos*, no habría comenzado mi obra.» ¿Qué habría dicho, pues, su Alteza si hubiera podido prever que en la antigua ciudad universitaria de Tubinga, en el momento en que los resplandores luminosos de la revolución francesa deslumbraban, aún aquende el Rin, no sólo á los hombres formales sino también á los jóvenes, tomarían forma y vida las teorías amenazadoras de los *Bandidos* de Schiller? El jacobinismo había penetrado á través de los muros del claustro de la venerable «institución» teológica, haciendo nacer miles de apóstoles que se diseminaron por el mundo. Estudiaban entonces allí Schelling, Holderlin, y Hegel, distinguiéndose este último como resuelto jacobino, aunque estaba destinado á ser más tarde filósofo de la corte de Prusia. Cierta día toda la pandilla estudiantil se dirigió á la plaza del mercado para plantar allí un árbol de la libertad y bailar alrededor una *carmañola*; y fué un cuadro característico de la época el que ofrecían aquellos estudiantes con el traje de su instituto, casaca negra, medias del mismo color, zapatos con hebilla, capotillo negro pendiente de los hombros, larga coleta y tricornio, bailando en torno del árbol de la libertad para celebrar el nacimiento de la república francesa.

Goethe salvó á su genio de las fatales consecuencias de las locuras del tiempo de Weimar, trasladándose á vivir bajo el azulado cielo de Italia, entre sus tesoros artísticos, donde pudieron madurar *Egmont* y la *Ifigenia*, bellísima flor del helenismo alemán, y donde hizo rápidos progresos el *Fausto*, verdadera obra capital del autor. Este grave problema, en cuya resolución trabajó afanosamente á su manera la leyenda popular del siglo xvi, *Prometeo*, *Ashavero*, *Mahoma*, había seducido el alma de Goethe más que ninguna de esas obras, y volviendo siempre á ocuparse de él, convirtióle en joya de la literatura alemana, en moderno poema universal; de modo que esta «tragedia de la humanidad» ha llegado á tener en todo el mundo civilizado una verdadera importancia. Entre tanto, Schiller debía sufrir los sinsabores de sus años de aprendizaje, cuyo más bello fruto fué el *Don Carlos*, magnífico poema cosmopolita, á la vez que íntimamente alemán, obra maestra en que se manifestó todo el genio del autor. Con su magnífico himno *El artista*, Schiller había penetrado ya en el campo lírico, donde recogió lo mejor que ha legado á su país. Precisamente en las producciones líricas resalta de un modo más característico la originalidad de ambos poetas: Goethe era particularmente el artista espon-

táneo; Schiller el vate por excelencia y maestro del pueblo. Toda la escala de la lírica de Goethe, desde el fugaz suspiro de amor que el poeta exhala al salir de la mansión de su amada en una noche de verano, hasta las sublimes odas en que semejante á Júpiter, por él descrito, esparce sobre la tierra benéficos rayos desde las nubes, respira tal sentimiento de ternura, tanta expresión de verdad, que el lector se siente transportado sobre las miserias de la vida, cuya realidad aparece aquí idealmente iluminada. La lírica de Schiller, por el contrario, invita al lector á seguirle por la escabrosa senda del pensamiento original sin arredrarse ante la penosa subida, para contemplar despues con desprecio desde las alturas etéreas de la razón los «males y miserias de la tierra.»

Cuando Schiller entraba en el período de la edad viril, en el que Goethe se hallaba todavía, encontráronse los dos (1794), manifestándose conformes en el pensamiento de que lo bello debía ser la suprema ley del hombre, para que pueda ser ciudadano del reino universal de la razón, persuadidos de que la humanidad sólo puede progresar eficazmente por la vía de la «cultura tranquila,» y no por las crisis y luchas violentas que agitaban entónces á Europa. Todo alemán culto sabe lo que aquellos dos hombres fueron el uno para el otro, y cuántos servicios debió á su amistad el país, amistad cuya consecuencia fué comenzar para ambos una nueva primavera de actividad productora. Schiller fué quien excitó sin tregua al amigo á continuar el *Fausto* y el *Guillermo maestro*; Goethe el que estimuló á Schiller á tomar parte con él en la «Guerra de los génius,» así como á componer baladas y romances. A la emulación de los dos poetas en este género debemos una larga serie de baladas y romances que constituyen los más notables y característicos tesoros de la literatura alemana. La «Guerra de los Genios» (1797) de Schiller y Goethe, contiene más de un desacierto, pero ha purificado la atmósfera literaria. En aquel tiempo los dos amigos estaban en la cúspide del cosmopolitismo. Schiller decía:

«¡Germania! ¿Donde estás que no te veo?  
Donde comienza el sabio el político cesa.....»

Y Goethe añadía:

¡Oh alemanes! Inútil es que esperéis  
Erigiros en nación:  
Tratad de ser hombres libres  
Puesto que serlo podeis.

Pero los acontecimientos debían infundir ya en los dos amigos la idea de que á la larga no sería sostenible el baluarte del cosmopolitismo. La soldadesca de la república francesa, con la boca llena de fraternidad universal, hizo en las regiones del Rin tales comentarios sobre el texto cosmopolita, que los alemanes comenzaron á pensar en una nacionalidad propia. No como ciudadanos del mundo, y sí sólo como alemanes, pudieron componer, Goethe su delicioso idilio burgués *Herman y Dorothea*, y Schiller aquel *Canto de la Campana*, en el que resonaba un acento tan germánico, así como también el *Wallenstein*, la más grandiosa de sus obras. Tanto en el *Herman* de Goethe como en el *Canto de la Campana* de Schiller revelábase la aversión que inspiraba la manera de haber puesto en práctica sus teorías la revolución francesa; y en el *Wallenstein* rebosaba el sentimiento profético de una época en que «el mundo reposaría en la punta de la espada,» intentando el napoleonismo transformar la idea de una fraternidad universal en la realidad de la esclavitud cosmopolita.

En los alemanes debe producir sentimientos de muy diversa naturaleza una mirada retrospectiva sobre la cultura germánica en su más alto grado de perfección, en el momento en que el napoleonismo comenzaba su obra devastadora, pues aún reconociendo que Schiller y Goethe tenían razón al querer conducir al pueblo por la senda de la «civilización tranquila,» experimentase á menudo una impresión desagradable al reflexionar sobre la importancia que se daba



MONUMENTO DE GOETHE Y SCHILLER EN WEIMAR

á nimiedades y pequeñeces literarias en medio de circunstancias que amenazaban aniquilar al país. Como tales pequeñeces podrían considerarse en parte los esfuerzos de los dos amigos, en otro tiempo laudables y útiles, por elevar el teatro de Weimar á la altura de una verdadera institución artística, cosa que se intentaba al propio tiempo en otros puntos de Alemania. En la segunda mitad del siglo XVIII el teatro alemán se había emancipado poco á poco del tosco naturalismo; la estabilidad fué el primer paso eficaz que se dió con este objeto, dando el ejemplo la famosa compañía de Ackermann, de la cual formaba también parte Eckhof, y que se estableció en Hamburgo en 1767. En esta ciudad abrió sus puertas el primer «Teatro nacional» alemán, y poco despues, en 1776, el emperador José II, que muy al contrario de Federico, se interesaba mucho por la escena alemana, dispensándola su favor, convirtió en teatro nacional el de la Corte de Viena, dando órdenes para que «en lo sucesivo sólo se representaran buenas obras originales ó excelentes traducciones de otros idiomas.» Tal fué la creación del famoso